

Dibujar para el deleite, el prestigio y el poder. Dos atlas «perdidos» de la Monarquía Hispánica del siglo xvii*

ISABEL TESTÓN NÚÑEZ
ROCÍO SÁNCHEZ RUBIO
CARLOS SÁNCHEZ RUBIO

Universidad de Extremadura

Resum

L'article analitza les figures de Leonardo de Ferrari i Lorenzo Possi, dos cartògrafs italians al servei de la Monarquia Hispànica, i els atlas que van confeccionar, acabats el 1655 i el 1687, respectivament. Ambdues obres formen part de l'anomenada «cartografia perduda» de la Monarquia espanyola, que està sent objecte d'una important recuperació, i se les contextualitza amb una valoració general del pes de la cartografia en el món dels Àustries espanyols, particularment en el segle xvii. Centrant-se en l'anàlisi i comparació de la vida dels dos autors, en el procés de confecció de les dues obres i en els seus aspectes formals i de contingut, com a instruments altament valorats en termes polítics i també estètics i de reconeixement social, l'article exposa, a partir d'aquests dos exemples, les relacions entre el poder, el cartògraf i el mapa.

Paraules clau: Leonardo de Ferrari, Lorenzo Possi, atlas, mapes, plànols, cartografia, defensa, fortificacions, Monarquia Hispànica, segle xvii, política exterior, fronteres.

* Este trabajo se beneficia de la cobertura científica proporcionada por el Proyecto de Investigación *Dinámica de las fronteras en periodos de conflicto. El Imperio español (1640-1815)*, subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (HA-2014-52233-P) y por el Grupo de Investigación GEHSOMP.

Resumen

El artículo analiza las figuras de Leonardo de Ferrari y Lorenzo Possi, dos cartógrafos italianos al servicio de la Monarquía Hispánica, y los atlas que confeccionaron, finalizados en 1655 y 1687, respectivamente. Ambas obras forman parte de la llamada «cartografía perdida» de la Monarquía española, que está siendo objeto de una importante labor de recuperación, y se las pone en valor con relación a la importancia de la cartografía en el mundo de los Austrias españoles, particularmente en el siglo XVII. Centrándose en el análisis y comparación de la vida de los dos autores, en el proceso de confección de ambas obras y en sus aspectos formales y de contenido —instrumentos altamente valorados en términos políticos y también estéticos, y de reconocimiento social—, el artículo expone, a partir de estos dos ejemplos, las relaciones entre el poder, el cartógrafo y el mapa.

Palabras clave: Leonardo de Ferrari, Lorenzo Possi, atlas, mapas, planos, cartografía, defensa, fortificaciones, Monarquía Hispánica, siglo XVII, política exterior, fronteras.

Abstract

This article deals with Leonardo de Ferrari and Lorenzo Possi, two Italian cartographers in the service of the Spanish monarchy, and the atlases they made in 1655 and 1687, respectively. Both works belong to the so-called “lost cartography” of the Spanish monarchy, which is undergoing an important recovery, and are contextualized by means of a survey of the range achieved by cartography in the world of the Spanish Habsburgs, mostly in the seventeenth century. The article compares the authors’ lives and then covers the preparation of both works and their formal aspect and contents, as the atlases were highly esteemed instruments for political as well as aesthetical and social reasons. Through both examples, the article explores the relations between political power, the cartographers and the maps.

Keywords: Leonardo de Ferrari, Lorenzo Possi, atlases, maps, planning, cartography, defense, fortifications, Spanish monarchy, seventeenth century, foreign police, borders.

1. Introducción

Entre 1650 y 1655 el pintor boloñés Leonardo Ferrari, que por entonces residía en la corte española junto con otros compatriotas y compañeros de profesión, ejecutó en Madrid un hermoso atlas que tituló *Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias* (figura 1). Una excelente pieza cartográfica, compuesta por 133 imágenes de plazas fuertes, vistas de enclaves y descripciones de asedios y batallas, mediante las cuales se representaban las fronteras terrestres y marítimas del imperio español de Felipe IV. El atlas fue un proyecto de don Gaspar de Haro y Guzmán, marqués de Heliche y del Carpio, hijo y sobrino nieto de los validos del rey Felipe IV. Se lo encomendó al pintor boloñés y le facilitó todos los recursos materiales para su ejecución, incluida la documentación original en la que se basó el artista para hacerlo. Concebido en principio para el uso y disfrute personal, el atlas permaneció inédito en manos de su propietario hasta su muerte, acaecida en 1687, tras la cual fue adquirido en almoneda por el diplomático sueco Juan Gabriel Sparwenfeld, que lo trasladó a Suecia,¹ donde ha permanecido custodiado por espacio de varios siglos, primero en la Biblioteca Real y más tarde en el Archivo Militar de la ciudad de Estocolmo, el Krigsarkivet, en donde se depositó en 1880 por decisión real.²

1. Sobre las circunstancias que rodearon el traslado del atlas a Suecia y su permanencia en este país, puede verse Rocío SÁNCHEZ RUBIO, Isabel TESTÓN NÚÑEZ y Carlos SÁNCHEZ RUBIO, «Plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias»; Magnus MÖRNER, «La adquisición sueca del Atlas por Johan Gabriel Sparwenfeld (1655-1727)», y Ulf SÖDERBERG y Björn GÄFVERT, «El espacio que ha custodiado el atlas del Marqués de Heliche: El archivo Militar de Estocolmo», todos en R. Sánchez Rubio, I. Testón Núñez y C. Sánchez Rubio, eds., *Imágenes de un Imperio perdido. El Atlas del Marqués de Heliche*, Presidencia de la Junta de Extremadura, Badajoz, 2004, pp. 105-110, 19-31, 105-111 y 112-117, respectivamente.

2. En la actualidad se conserva en la sección *Handritade Kartverk* (HK), volumen 25.

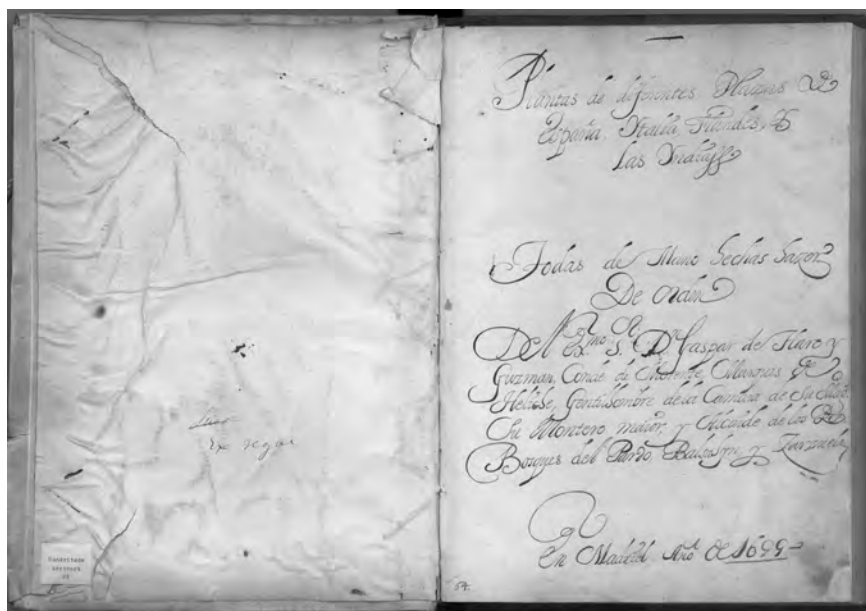


FIGURA 1. Guarda interior del Atlas del marqués de Heliche.

Treinta y dos años después de que Leonardo Ferrari concluyera su obra, el italiano Lorenzo Possi finalizaba en la ciudad de Livorno otro atlas que tituló *Piante d'Estremadura e di Catalogna* (figura 2). Menos ambicioso en su contenido que el anterior, aunque no en su calidad estética e informativa, el atlas que ejecutó el ingeniero militar Lorenzo Possi recreaba, en 52 imágenes de vistas y de plantas de plazas fuertes, las fronteras de guerra de la Península ibérica durante la segunda mitad del siglo XVII. Unas fronteras en las que trabajó el autor del atlas durante los doce años que sirvió a la Monarquía Hispánica en suelo peninsular (1665-1677), primero como soldado y más tarde como ingeniero militar.³ A pesar de que

3. Sobre la figura del ingeniero militar puede verse el trabajo colectivo que coordina Alicia Cámara con interesantes aportaciones, Alicia CÁMARA, coord., *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005.

sus bellas imágenes contenían numerosos datos reservados para la seguridad de la Monarquía a la que había servido, Lorenzo Possi entregó su atlas manuscrito en 1687 al príncipe Ferdinando de Medici, heredero del Gran Ducado de la Toscana, a quien se lo dedicó (figura 3). Y en posesión de los Medici estuvo siempre el atlas tal como originariamente Lorenzo Possi se lo entregó, manuscrito. Hoy se conserva en la Biblioteca del Museo Galileo de Historia de la Ciencia de la ciudad de Florencia.⁴

Dos hermosos atlas de distinta procedencia, con muchas similitudes y también diferencias, que han permanecido bien custodiados, aunque ignorados, en los fondos de dos instituciones archivísticas ubicadas en puntos tan distantes entre sí como Estocolmo y Florencia. Su recuperación y difusión ha permitido poner en valor dos valiosos testimonios de la «cartografía perdida» de la Monarquía Hispánica del siglo XVII, que afortunadamente ha visto la luz en los últimos años.⁵ El primer paso se dio con la localización y publicación de la *Vista de las Yslas del Reyno de la Gran Canaria hecha por Don Yñigo de Briçuela Hurbina* (1636), obra conocida y citada desde el siglo XVIII, y que a pesar de ello había permanecido «perdida» hasta que su manuscrito fue localizado en 1997 entre los fondos de la Lenox Library New York y publicado en el 2000.⁶ Dos años después salía a la luz el espléndido atlas de la *Des-*

4. Biblioteca di Museo Galileo di Firenze, Mediceo (MED) G.F.44. Carlos SÁNCHEZ RUBIO, Rocío SÁNCHEZ RUBIO, e Isabel TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas Medici de Lorenzo Possi*, 1687, 4 Gatos, Badajoz, 2014, pp. 253-254.

5. Richard L. KAGAN, «La cultura cartográfica en la corte de Felipe IV», en Sánchez Rubio, Testón Núñez y Sánchez Rubio, eds., *Imágenes de un Imperio*, pp. 91-105; Antonio CRESPO SANZ, «Los atlas de España entre 1503 y 1810», en M. Cuesta Domingo y A. Surroca Carrascosa, coords., *Cartografía hispánica. Imagen del mundo en crecimiento, 1503-1810*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2010, pp. 175-197; Rafael VALLADARES y Antonio SÁNCHEZ MARTÍNEZ, «Mapas para una guerra. La descripción de las costas de Portugal del almirante António Da Cunha e Andrada (1641-1661)», *Anais de História de Além-Mar*, 13 (2012), pp. 333-431.

6. Juan TOUS MELIÁ, ed., *Estudio de la visita de las Yslas y Reyno de la Gran Canaria, hecha por don Ynigo de Briçuela Hurbina*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2000.

cripción general que el rey mandó hacer de los lugares y costas de estos reinos de España, realizado en 1634 por el cartógrafo portugués Pedro de Texeira para Felipe IV, y que, al igual que el anterior, había permanecido ignorado y «perdido» entre los fondos de una institución extranjera, en este caso la Hofbibliothek de Viena, de donde fue rescatado para su difusión por F. Pereda y F. Marías.⁷ A estos hallazgos hay que sumar el del atlas de las *Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias* que el pintor italiano Leonardo de Ferrari realizó en 1655 para el marqués de Heliche, que localizamos en el Krigsarkivet de Estocolmo, en cuyos fondos ha permanecido inédito hasta su publicación en 2004.⁸ Recientemente, otro hallazgo, ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid, se ha sumado a esta lista que no para de crecer. Se trata de la *Descripción de las costas de Portugal desde Galicia a Ayamonte*, que en 1641 el almirante luso António Da Cunha Andrada dirigió al conde-duque de Olivares, felizmente rescatado y difundido por R. Valladares y A. Sánchez Martínez.⁹ El más reciente eslabón de esta cadena, pero estamos convencidos de que no será el último, lo constituye el atlas *Piante D'Estremadura e di Catalogna*, que el ingeniero italiano Lorenzo Possi dedicó en 1687 al heredero del ducado de la Toscana, Ferdinando de Medici, y que acaba de publicarse en 2014.¹⁰

Esta paulatina e incesante recuperación de obras manuscritas de la cartografía hispana, que durante siglos han dormido en los estantes de distintos depósitos archivísticos nacionales y extranjeros, va desmintiendo poco a poco la idea comúnmente aceptada de la escasez de mapas y planos de la Península durante el siglo XVII. Una deficiencia de la

7. Felipe PEREDA y Fernando MARÍAS, eds., *El Atlas del Rey Planeta. La «Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos» de Pedro Texeira (1634)*, Nerea, Hondarribia, 2002.

8. SÁNCHEZ RUBIO, TESTÓN NÚÑEZ y SÁNCHEZ RUBIO, eds., *Imágenes de un Imperio*.

9. El material ha sido publicado por VALLADARES y SÁNCHEZ MARTÍNEZ, «Mapas para una guerra».

10. SÁNCHEZ RUBIO, SÁNCHEZ RUBIO, TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas Medici*.

que se ha culpado a la política de sigilo y secreto imperante en los gobiernos de la Monarquía Hispánica de los siglos XVI y XVII, causante de que muchas obras quedaran manuscritas y olvidadas a lo largo del tiempo.¹¹ Aunque también es verdad que en este estado de cosas debió influir el hecho de que las posibilidades de edición de las piezas cartográficas en España fueran prácticamente nulas, ya que el negocio de la edición de mapas se situó en Italia, los Países Bajos y más tarde en Francia.¹²

A pesar de todo, no podemos obviar que, aun cuando la producción cartográfica se mostró insuficiente, los Austrias siempre fueron conscientes del poder que poseían los mapas en la consolidación y defensa de la Monarquía católica, por lo que siempre procuraron tener conocimientos y material cartográfico a su alcance. Es decir, en la corte madrileña dominó una cartografía utilitaria relacionada con la política y la conservación del imperio, un instrumento de gobierno y poder capaz de facilitar el conocimiento y, en su caso, la defensa del territorio.¹³ Por ello, los gobiernos de la Monarquía fomentaron una «cartografía oficial», al servicio de la política y la guerra, sometida, consecuentemente, a las necesidades del poder.¹⁴ Sobre todo durante el reinado

II. Joan CAPDEVILA SUBIRANA, «Del arte a la geometría. Cartografía militar de los siglos XVII y XVIII en Cataluña», en F. Segovia y M. Nóvoa, eds., *El arte abaluartado en Cataluña. Estrategia de defensa en el siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, pp. 455-469.

12. Antonio CRESPO SANZ, «Los atlas de España», pp. 186-187.

13. Señala G. Parker que fue durante el reinado de Felipe II cuando los mapas se convirtieron por primera vez en instrumento de gobierno, en herramienta vital tanto para movilizar los recursos del Estado en el orden interno, como para proyectar su poder en el exterior. Sin embargo la pérdida de muchos materiales cartográficos ha oscurecido este desarrollo decisivo. Geoffrey PARKER, *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa Moderna*, Taurus, Madrid, 2001, p. 101. Sobre el uso que los Habsburgo españoles hicieron de los mapas, puede consultarse la interesante reflexión del mismo autor, «Maps and Ministers: The Spanish Habsburgs», en D. Buisseret, ed., *Monarchs, Ministers and Maps. The emergence of cartography as a tool of government in Early Modern Europe*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992. pp. 124-152.

14. John H. ELLIOTT, «Poder y propaganda en la España de Felipe IV», en su *España y su mundo. 1500-1700*, Alianza, Madrid, 1990, pp. 201-228.

de Felipe IV, como consecuencia del acuciante clima bélico que se respiró a lo largo de todo el periodo, la producción de mapas y planos para la guerra fue un objetivo perseguido por la Monarquía a través de diversos proyectos, que no siempre llegaron a buen término.¹⁵ Una cartografía útil y provechosa, que no perseguía la ostentación sino la información, aunque, finalmente, desbordara también suntuosidad para satisfacer los refinados gustos de sus promotores. De este modo se explica, perfectamente, la abundante producción cartográfica del reinado de Felipe IV, que los hallazgos documentales llevados a cabo en los últimos años están verificando.

Se trata de una cartografía hispánica, realizada en su mayor parte por cartógrafos y pintores italianos y portugueses,¹⁶ si exceptuamos la *Vista de las Yslas del Reyno de la Gran Canaria hecha por Don Yñigo de Briçuela Hurbina*. Un hecho que enlaza con la falta de tradición y preparación cartográfica existente en la España de los Austrias, en franca contradicción con el interés que casi todos los reyes de esta dinastía, empezando por Carlos V y terminando con Felipe IV, demostraron por la cartografía.¹⁷ Ese interés real fue impulsor de numerosas empresas,¹⁸

15. Geoffrey Parker sostiene que a mediados del siglo XVII el gobierno español perdió la capacidad de satisfacer sus propias necesidades cartográficas. PARKER, *El éxito nunca es definitivo*, p. 100.

16. Después de la muerte de Pedro Esquivel, la elaboración de mapas en España se volvió cada vez más dependiente de las habilidades importadas de otras naciones. Al principio de los portugueses; luego, en forma creciente, de los italianos, y, por último, de los holandeses, PARKER, *El éxito nunca es definitivo*, p. 121.

17. Sobre la tradición cartográfica en la corte española, véanse los trabajos de Richard L. KAGAN, *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780*, El Viso, Madrid, 1998; «*Arcana Imperii*: mapas, ciencia y poder en la corte de Felipe IV», en Pereda y Marías, ed., *El Atlas del Rey*, pp. 49-70; «La cultura cartográfica en la corte de Felipe IV», pp. 91-105 y «La Luna de España'. Mapas, ciencia y poder en la época de los Austrias», *Pedralbes*, 25 (2005), pp. 171-190.

18. David BUISSERET, *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800. La representación de los nuevos mundos en la Europa del Renacimiento*, Paidós, Barcelona – Buenos Aires – México, 2004, pp. 69-90; y CRESPO SANZ, «Los atlas de España», pp. 186-187.

en su mayoría fallidas, destinadas a realizar obras cartográficas de envergadura a nivel peninsular e imperial.¹⁹ Una cartografía de encargo que en el siglo xvii tiene su ejemplo más evidente en el atlas de Pedro de Texeira. Pero no todas las obras del xvii obedecen a una decisión real u oficial, pues la mayoría de ellas pueden enmarcarse en lo que podemos considerar como una «cartografía extraoficial», una iniciativa particular encaminada a paliar la ausencia de mapas oficiales, pero que a su vez escondía anhelos personales de fama y promoción personal. Circunstancia muy evidente en los dos atlas que estamos analizando, pero que también se vislumbra en el atlas de António Da Cunha Andrada.²⁰

Esta realidad, unida al hecho de que todos estos atlas se encuentran depositados en instituciones extranjeras, a excepción de la obra de Andrada, nos obliga a replantearnos, cuando menos, el excesivo peso que tradicionalmente hemos dado al secreto de los mapas —como material informativo de alta seguridad— a la hora de explicar las peculiaridades de la cartografía hispana durante el reinado de los Austrias en general, y de los del siglo xvii en particular. El atlas de Heliche viajó a Suecia, para no regresar jamás, a finales del xvii, cuando aún los valiosísimos datos militares que contenía podían ser de gran utilidad a un ejército enemigo. También en idéntico momento y por la misma vía salió el pequeño atlas que Pedro Texeira dibujó en 1660 para el marqués de Leganés, titulado *Compendium Geographicum*, conservado desde entonces asimismo en Suecia, en la Biblioteca Carolina de la Universidad de Uppsala.²¹ El *Atlas del Rey Planeta* y los materiales textuales que generó

19. CRESPO SANZ, «Los atlas de España», p. 179.

20. R. Valladares y A. Sánchez han interpretado que este atlas cumple una doble finalidad, en cuanto que se proyectó como un atlas de corso destinado a favorecer la recuperación de Portugal mediante el bloqueo marítimo y comercial ejercido por España, pero también fue un instrumento del que se valió su autor para intentar conseguir de la Monarquía española una patente de corso en las costas portuguesas: «Mapas para una guerra», pp. 383-399.

21. En 2001 Ramón María Alvargonzález Rodríguez realizó una espléndida edición facsimilar de este manuscrito. Pedro de TEXEIRA, *Compendium Geographicum*, R. M.^a

el proyecto han terminado diseminados por la British Library de Londres, la Hofbibliothek de Viena, la Biblioteca Casanatense de Roma y la Biblioteca Nacional de España,²² aunque los datos vertidos en todos ellos podían haber puesto en algún aprieto a la Monarquía Hispánica. Una situación que aún es más evidente en el atlas Medici de Lorenzo Possi, ya que tanto en su construcción como en su destino final se saltaron las delgadas líneas de la violación del secreto de la información reservada. Como tendremos ocasión de explicar detenidamente más adelante, todo apunta a que el ingeniero italiano retornó a su Toscana natal con el material documental que precisó para ejecutar finalmente su atlas en Italia. Un material privado, pero también oficial, de origen militar con el que trabajó el ingeniero Possi, y que se escabulló hacia Italia sin ningún control. Y ocurrió de este modo a pesar de que estos documentos estaban llenos de datos de altísimo valor geoestratégico. Las fisuras del sistema resultan aún más evidentes en el resultado final de la obra del ingeniero italiano, un atlas rebotante de datos de altísimo valor militar, que no se pusieron en manos de su destinatario lógico y natural, el rey de España, a quien Possi había servido largo tiempo y a quien correspondía la salvaguarda del territorio cartografiado, sino de un estado extranjero, el ducado de Toscana, cuyos mandatarios a partir de entonces pudieron acceder a una información privilegiada de las fronteras peninsulares gracias al regalo que puso en sus manos Lorenzo Possi.

La política de sigilo, por otra parte, choca con la práctica del espionaje que todos los estados europeos del momento llevaron a cabo, tanto en el terreno político como en el militar, de tal modo que los mapas fueron un arma muy utilizada en este terreno. Solo por mencionar un caso próximo al material que estamos considerando traemos a colación el episodio de deserción del ejército portugués que protagonizó el inge-

Alvargonzález Rodríguez, ed., Museo Naval, Fundación Alvargonzález, Universidad de Uppsala, Madrid, 2001.

22. Felipe PEREDA y Fernando MARÍAS, «De la cartografía a la corografía: Pedro Texeira en la España del Seiscientos», *Eria*, 64-65 (2004), pp. 129-157.

niero francés Nicolás de Langres, quien se llevó consigo información y material cartográfico portugués, que puso a disposición del ejército español, que lo acogió tras su marcha.²³ Este material fue utilizado por el grupo de ingenieros que trabajaron en la frontera luso-extremeña en los años finales de la guerra de Portugal, incluido el propio Lorenzo Possi, tal como lo evidencian algunos de los planos del atlas que entregó años más tarde a Ferdinando de Medici.²⁴ Queda claro que el principio de *arcana imperii*,²⁵ plenamente asumido a nivel conceptual, deja al descubierto sus debilidades cuando descendemos a la práctica cotidiana, al menos en lo que concierne al siglo xvii.

Si unimos todo lo dicho con antelación: la imperiosa necesidad que sentían los gobernantes españoles del xvii por disponer de información cartográfica; la predisposición que algunos de los servidores de la Monarquía Hispánica mostraron para solucionar esa necesidad, realizando o mandando ejecutar mapas y planos, y la escasa efectividad de la política de sigilo a la hora de impedir la difusión de información reservada, podemos extraer algunas conclusiones. Estos primeros descubrimientos de material cartográfico del siglo xvii son solo algunos eslabones de una cadena que presumimos puede ser bastante larga. Es muy posible que nuevos atlas, mapas y planos dormidos durante siglos en los estantes de archivos nacionales y extranjeros, o en manos de particulares, salgan a la luz si sabemos buscarlos adecuadamente.

23. En esta línea, también hay que considerar el valioso material que António Da Cunha e Andrada aportó a Felipe IV sobre las costas y puertos portugueses en un momento de guerra abierta entre ambos países. VALLADARES y SÁNCHEZ MARTÍNEZ, «Mapas para una guerra».

24. Isabel TESTÓN NÚÑEZ, Carlos SÁNCHEZ RUBIO y Rocío SÁNCHEZ RUBIO, «Un grupo de ingenieros italianos en la frontera luso-extremeña (1657-1667)», *Revista de Estudios Extremeños*, 71-1 (2015), pp. 327-356.

25. Es decir, materiales calificados como secretos por el gobierno de la Monarquía Hispánica, que solo podían consultar oficiales autorizados. KAGAN, «*Arcana Imperii*».

2. *Un pintor de corte y un ingeniero curtido en la guerra*

Leonardo de Ferrari no era arquitecto, ingeniero ni cosmógrafo, sino un buen pintor, cuya intervención en la ejecución del atlas *Plantas de diferentes Plazas de España, Italia, Flandes y las Indias* fue puramente estética, estudiando el material que se le entregó para uniformarlo gráfica y materialmente. Todas las imágenes del atlas fueron obra suya. La traza de los dibujos, que se realizan con técnica mixta, no deja lugar a dudas, ni tampoco la firma que delineó en un pequeño pedestal situado en la parte inferior de las imágenes.²⁶ No existe mención alguna sobre este personaje en la historiografía española, a diferencia de otros pintores italianos que trabajaron en Madrid al tiempo que Ferrari lo hacía. Aparte de los dibujos que realiza para el marqués de Heliche, no tenemos noticias de otras obras, ni datos que nos permitan alumbrar los años que permaneció en la corte trabajando en el atlas que le encargó el aristócrata español.²⁷ Antes de su llegada a Madrid, Leonardino, como lo conocían afectuosamente sus contemporáneos, se había formado como alumno del pintor boloñés Lucio Massari (1569-1633), trabajando luego en diferentes iglesias y conventos de su ciudad natal, Bolonia, donde realizó obras de temática fundamentalmente religiosa.²⁸

26. Su nombre, escrito tanto en su forma latina —Leonardus de Ferraris— como castellana —Leonardo de Ferrari—, aparece en 91 de las 133 imágenes del atlas, sin que falten ejemplos en los que hizo constar simplemente sus iniciales.

27. En nuestra edición del atlas del marqués de Heliche ya abundamos sobre este particular, que así mismo corroboró posteriormente David GARCÍA CUETO, *Seicento boloñés y Siglo de Oro español: El arte, la época, los protagonistas*, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2006; Rocío SÁNCHEZ RUBIO, Isabel TESTÓN NÚÑEZ y Carlos SÁNCHEZ RUBIO, «Leonardo de Ferrari y el Atlas del Marqués de Heliche», en Sánchez Rubio, Testón Núñez y Sánchez Rubio, eds., *Imágenes de un Imperio*, pp. 31-36. Sobre el mecenas del atlas, véase Leticia FRUTO SASTRE, *El Templo de la Fama. Alegoría del Marqués del Carpio*, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, Madrid, 2009.

28. Algunas de sus obras se encuentran en las iglesias de San Francesco, San Barbaziano, San Giovanni de Persiceto, Santos Gervasio y Protasio, San Petronio, La

Desconocemos las circunstancias que llevaron a Ferrari a viajar a la corte de los Austrias españoles. Algunos pintores boloñeses trabajaron también para don Gaspar en la década de los cincuenta, como Dionisio Mantuano. No podemos descartar la posibilidad de que Ferrari siguiera el rastro de este o de otros compatriotas que residían en Madrid aprovechando las ventajas del mecenazgo cortesano.²⁹ Aunque también es posible que se desplazara para colaborar con don Gaspar de Haro en su faceta de promotor de fantásticas y espectaculares representaciones para su rey, en cuya puesta en escena colaboraron no solo escenógrafos, sino también pintores y dramaturgos, muchos de origen italiano, como Fontana, Lotti, o Baccio del Bianco. Leonardo de Ferrari, además de pintor de temática religiosa, fue un artista versátil que dominó el género de la caricatura, por lo que pudo trabajar asimismo en los preparativos de las fiestas de la corte.³⁰

A diferencia de Ferrari, Lorenzo Possi, además de un excelente pintor, fue «una persona experimentada en materia de fortificaciones»,³¹ porque aprendió este arte en los frentes de batalla de la Península ibérica al servicio del rey de España. Apenas existe información sobre Lorenzo Possi antes de 1665, fecha en la que llegó a la España, cuando contaba ya veintisiete años de edad. Solo su acta de bautismo arroja un poco de luz sobre su enigmático pasado. Gracias a ella sabemos que nació en Pistoia, una pequeña localidad cercana a la ciudad de Florencia, y que sus padres, Domenico Possi y Caterina, vivían muy cerca de la catedral de la ciudad, templo donde recibió las aguas bautis-

Virgen de los pobres y en el convento de la iglesia de San Giuseppe. Antonietta Maria BESSONE AURELJ, *Dizionario dei pittori italiani*, Soc. Ed. Dante Alighieri, Città di Castello, 1928, 2.^a ed.

29. Alfonso PÉREZ SÁNCHEZ, *Pintura italiana del siglo XVII en España*. Tesis doctoral. Madrid, 1965.

30. Carlo Cesare MALVASIA, *Felsina pittrice. Vite dei pittori Bolognesi*, M. Bracaglia, ed., Bolonia, 1971 (1.^a ed. 1678).

31. Así se hace constar en su hoja de servicio, elaborada a los pocos meses de llegar a España, Archivo General de Simancas (AGS), Guerra y Marina (GyM). Servicios Militares, leg. 54, fol. 32, Lorenzo Possi.

males.³² A su llegada a la Península tenía el rango de alférez y contaba ya con bastante experiencia en el arte de las fortificaciones, una formación que debió adquirir sobre todo en el Reino de Nápoles, donde se encontraba sirviendo a la Monarquía Hispánica en el momento en que se produjo la leva del tercio que lo llevó a Extremadura,³³ cuando la guerra con Portugal, iniciada en 1640, se encontraba ya en su fase final. Los méritos acumulados por Lorenzo Possi en el verano de 1665, tanto en el asedio de Vila Viçosa como en la batalla de Montes Claros, le hicieron acreedor de un nuevo ascenso a capitán, que se hizo efectivo a finales de ese mismo año.³⁴

En Extremadura el ingeniero Possi luchó, en una guerra prácticamente perdida para el rey de España, y lo hizo en estrecha colaboración con otros ingenieros, todos de origen italiano, que empezaron a llegar a este frente de guerra tras la finalización del conflicto catalán y la firma de la Paz de los Pirineos con Francia. La plantilla incluía tres ingenieros —los capitanes Jerónimo Rinaldi, Juan Bautista Ruggero y Lorenzo Possi— y dos ayudantes de ingeniería —el capitán Ambrosio Borsano y el alférez Esteban Matteini—, todos bajo las órdenes del superintendente general de las fortificaciones de Extremadura, Ventura de Tarragona, y del teniente Marco Alessandro del Borro, que le auxiliaba en sus labores de mando y planificación de las defensas. El grupo se integró en el ejército de Extremadura para trabajar en las tareas de fortificación y defensa de las principales plazas de la frontera, desarrollando un peculiar método de trabajo por imperativos de una guerra que había dejado de formar parte de las prioridades de la Monarquía.³⁵ Junto a ellos permaneció Lorenzo Possi en esta área fronteriza hasta el inicio de

32. Archivo Diocesano di Pistoia: *Acti battesimale di Cattedrale di Pistoia (1511-1658)*. Para mayor información sobre la vida y la trayectoria profesional de Lorenzo Possi, puede consultarse SÁNCHEZ RUBIO, SÁNCHEZ RUBIO y TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas Medici*, pp. 29-103.

33. Sobre su llegada a Extremadura, AGS, *GyM*, leg. 2166 (12 de diciembre de 1668).

34. AGS, *GyM*, Libros de Partes, libro 292, fol. 292.

35. TESTÓN NÚÑEZ, SÁNCHEZ RUBIO y SÁNCHEZ RUBIO, «Un grupo de ingenieros».

1669, cuando la guerra que los había llevado a Extremadura hacía meses que había concluido. Tras una breve estancia en nuevos destinos por la zona levantina y norteafricana, como Cartagena, Melilla y el presidio de Orán, a finales de 1670 Possi llegó a Cataluña, donde se reencontraría de nuevo con la mayor parte de los ingenieros italianos con los que había colaborado en la frontera luso-extremeña.

Su llegada a Cataluña, otro de los espacios conflictivos de la Península durante la segunda mitad del XVII, se produjo en un momento en el que la actividad bélica se recrudecía de nuevo, sobre todo con el estallido de la guerra de Holanda (1673-1678), que volvía a enfrentar a la Monarquía Hispánica y a Francia. Una guerra que tuvo un gran impacto en las fronteras franco-catalanas, en cuya fortificación y defensa participaría muy activamente Lorenzo Possi. Su actividad en Cataluña se apagó definitivamente en 1677, cuando la guerra tocaba a su fin. Un año después se encontraba residiendo en su Toscana natal, en la ciudad de Livorno, donde fue nombrado sargento mayor de la Fortaleza Vieja, pieza fundamental de la defensa y control del enclave livornés. Allí culminó un proyecto que llevaba acariciando largo tiempo y que empezó a perfilar, sobre todo, en Cataluña, años antes de abandonar España. Por ello el ingeniero Possi llevó en su equipaje toda la información cartográfica que necesitaba para hacer posible su atlas de *Piante D'Estremadura e di Catalogna*, que terminaría en 1687, poco después de haber perdido su puesto de sargento mayor de la fortaleza labrónica.

3. *Al servicio del poder y del prestigio personal*

Frente a otros proyectos cartográficos impulsados por la Corona y que vieron la luz durante el siglo XVII, los atlas del marqués de Heliche y de Lorenzo Possi respondieron a la exclusiva voluntad de sus promotores y fueron abordados por intereses particulares que trascendían el ámbito oficial. Los dos atlas comparten, además, el sello propagandístico que sus propietarios perseguían con la ejecución de ambas obras, incorporando una valiosa documentación de origen militar sobre numerosos

territorios del imperio de la Monarquía. Aunque detrás de aquellas ejecuciones particulares existía también la voluntad de satisfacer la necesidad de información cartográfica que la Corona tenía sobre sus numerosos dominios imperiales, en aquellos difíciles años de la segunda mitad del siglo xvii.

Sin embargo, más allá del carácter propagandístico que ambas obras comparten y de la necesidad de ofrecer compilaciones de material militar sobre territorios de la Corona española, las dos colecciones cartográficas que aquí estamos considerando nacieron por razones muy diferentes. Frente a los intereses políticos, de prestigio y de disfrute personal que están detrás del encargo del marqués de Heliche, el atlas que compuso Lorenzo Possi fue alentado por el deseo de reconocimiento profesional y ascenso social de quien fue su único ejecutor. Ambas obras respondían a dos proyectos cartográficos distintos, pero bien concebidos, que dieron unidad y coherencia al material que los dos atlas incorporaron.

El marqués de Heliche quiso compendiar en un bello atlas información de alto interés político y militar, conjugando a la vez su ambición política con su pasión por la pintura y la buena cartografía.³⁶ Además, este encargo se produjo en un momento de su vida —la década de 1650— en el que los títulos, cargos y prerrogativas le llovían, avanzando en su promoción social. Al tiempo que encargaba la obra, don Gaspar

36. Annalisa D'Ascenzo define al marqués de Heliche como un amante de la cartografía, que la utilizó no solo para disfrute personal, sino «como medio imprescindible de conocimiento y de administración del territorio, instrumento de control y dirección de la política militar, tanto para la defensa, como para la expansión territorial». Una concepción que también puso en práctica en su campaña contra el bandolerismo cuando fue virrey de Nápoles (1683-1687). ANNALISA D'ASCENZO, «La cartografia come strumento della politica imperiale spagnola. Le piazzeforti italiane nell'Atlante del Marchese di Heliche (xvii secolo)», en *Atti 14a Conferenza Nazionale ASITA*, Editore Federazione ASITA, Brescia, 2010, pp. 701-706; e «I banditi della Montagna di frontera alla fine del xvii secolo», en N. Varani, ed., *La Liguria, dal mondo mediterraneo ai nuovi mondi, Dall'epoca delle grandi scoperte alla cultura attuali*, CISGE, Roma, 2006, pp. 259-271.

contraía matrimonio con una hija del duque de Medinaceli,³⁷ labrándose en aquellos años una carrera ascendente que le permitiría adquirir una posición muy ventajosa en los círculos más próximos al monarca. Como hijo del valido, se encontraba muy cerca de Felipe IV y disfrutaba de su total confianza en calidad de montero mayor, gentilhombre de cámara y alcaide del Buen Retiro y de los Reales Bosques.³⁸ Por todo ello estaba convencido de que algún día sucedería a su padre en el honorable oficio de regir el gobierno de la Monarquía. Puede que no anduviera descaminado, porque las muestras de afecto y de reconocimiento por parte del rey y de otros miembros de la familia real fueron más que habituales en aquellos años, poniendo de manifiesto la posición y el poder de que gozaba por entonces el marqués de Heliche. En este ambiente de encumbramiento social, don Gaspar puso su proyecto cartográfico en manos del pintor Leonardo de Ferrari, encargándole que embelleciera y uniformara numerosos planos, vistas y descripciones de batallas, con el fin de crear un conjunto armónico que posibilitara la formación de un atlas. Sin embargo, aun conociendo la excepcional personalidad de su promotor y su enfermiza obsesión por la pintura y el coleccionismo, no parece probable que los hermosos dibujos que formaron parte de la obra fueran concebidos exclusivamente para ser admirados y disfrutados. Es decir, a nuestro parecer, los dibujos del atlas esconden fines que trascienden el puro interés estético, advertidos a simple vista en las imágenes de la colección.

Sabemos que el atlas se culmina y encuaderna en el año 1655, tal como podemos leer en la portada, pero se hace de manera apresurada porque existen numerosos indicios que apuntan a que estamos ante

37. Real Academia de la Historia, Colección Salazar y Castro, tomo VIII, A-99, fol. 2: «Carta del arzobispo de Sevilla al marqués de Eliche en que le comunica su llegada al Puerto de Santa María para oficiar su casamiento con doña Antonia María de la Cerda y Enríquez de Rivera, hija de Antonio de la Cerda, VII duque de Medinaceli y doña María Luisa Enríquez de Rivera y Girón, V duquesa de Alcalá» (abril de 1651).

38. SÁNCHEZ RUBIO, TESTÓN NÚÑEZ y SÁNCHEZ RUBIO, eds., *Imágenes de un Imperio*, pp. 23-31.

una obra inconclusa. Llama la atención la ausencia de plazas y lugares destacados en el contexto cartografiado como Lisboa, Barcelona, Nápoles y otros enclaves importantes del imperio español. Pero, además, basta pasar los ojos por los trazos esquemáticos de algunos planos o por las cartelas vacías de información y los pedestales para estampar el nombre del autor que no se rellenaron, para concluir que la obra se detuvo de manera súbita. Aunque no podemos conocer con certeza qué razones llevaron a que el atlas se encuadernara antes de que el autor lo finalizara, y sin descartar que la muerte, la enfermedad u otros proyectos profesionales de Ferrari estuvieran detrás de esa interrupción en el proyecto de Heliche, pudo incidir en ello un acontecimiento político que se produjo en el entorno vital de don Gaspar al tiempo que se encuadernaba la obra. Nos referimos al intento de negociaciones de paz entre Francia y España, llevadas a cabo en Madrid durante 1656, y que la falta de entendimiento entre las partes implicadas, además del caluroso verano que sufrió la capital del reino aquel año, hicieron fracasar. Es posible que el marqués de Heliche quisiera obsequiar a su padre —que actuaba como plenipotenciario de la delegación española— con esta exquisita obra, que don Luis Méndez de Haro podría haber utilizado como material de trabajo y documento informativo en la negociación. La posibilidad de disponer de información relativa a la ubicación y el estado de muchas de las defensas fronterizas, puertos y presidios de la Monarquía podría haber justificado la encuadernación de la obra a pesar de no estar acabada y no haberse concebido para este fin. Desde esta óptica, el atlas se ponía a disposición del valido del rey en el contexto de las negociaciones de paz con Francia. Aunque imperfecto e incompleto, el atlas podía convertirse en una herramienta útil para conocer los problemas estratégicos a los que se enfrentaba la Monarquía Hispánica en su lucha por salvarse de la derrota frente a Francia.

Sin embargo, si nos atenemos al contenido de las imágenes y a la cronología de la obra, parece que el atlas se concibió, por encima de la necesidad informativa, con unos fines claramente propagandísticos al servicio de la familia Haro. Es decir, el atlas del marqués de Heliche entra claramente dentro de la tradición real española de «Geografía de

provecho», con el añadido de un alto grado de «ostentación» para conseguir exaltar al promotor que lo financiaba.

Durante los años finales de la década de 1640 y comienzos de la de 1650 —justamente cuando Ferrari comenzaba a dibujar las láminas del atlas—, la Monarquía Hispánica, que había sufrido ya grandes derrotas durante los años precedentes, vivía momentos de «gloria», en los que su antiguo poderío militar parecía resurgir y hacía olvidar las dificultades pasadas. Sin embargo, aunque la Corona española recuperaba credibilidad en el conjunto de las naciones europeas, aquella sensación no era más que un espejismo que duró muy poco; pronto todo se derrumbó. Pero, en el ínterin, muchos llegaron a creer que la situación estaba cambiando, y que España recuperaba sus fuerzas frente a Francia, su principal oponente. En realidad, los éxitos españoles se debían fundamentalmente a la paz que se había firmado con Holanda y a las dificultades internas de una Francia desgarrada por una contienda civil, las Frondas, que la obligó a replegarse y a desatender sus pretensiones en los distintos frentes abiertos en su lucha contra España. Durante esos años los ejércitos de Felipe IV vivieron un espejismo de victorias.

Y así, el «reputacionismo» hispano brilló de nuevo en la corte madrileña. En este sentido, no debemos olvidar que el hombre que por entonces manejaba el timón de la Monarquía al lado del rey era don Luis Méndez de Haro, padre del mecenas de la obra. Por ello, una persona tan cercana a él como era su primogénito, conocedor como pocos de los entresijos del poder, no dudó en aprovechar esa sensación de triunfo para ensalzar ante el monarca y ante la corte al valido del rey, su padre, y de paso a los suyos, en aras de su exclusiva promoción personal. Una buena forma de engrandecer la política de don Luis Méndez de Haro era dejarla plasmada en hermosas imágenes que relataran los triunfos alcanzados por las tropas del rey de España durante la privanza de don Luis. De este modo, el lema de la representación fue incluir tan solo victorias y plazas conquistadas, nunca derrotas y enclaves perdidos. Cuando el material documental escaseó o las gestas se agotaron, el marqués de Heliche no dudó en acudir a las batallas que victoriosamente se habían librado durante el gobierno de otro de los suyos, el

conde-duque de Olivares (su tío abuelo), un recurso que contribuyó a dar también la sensación de dominio y control aplastante.

Resulta interesante constatar como algunos de los objetivos que se esconden detrás del proyecto cartográfico del marqués de Heliche coinciden con la obra que décadas después culminó el ingeniero militar Lorenzo Possi, aunque ni el contexto ni las circunstancias que rodearon a ambas obras sean equiparables. Al igual que Heliche, también Lorenzo Possi creó un atlas con una alta carga de propaganda, omitiendo acontecimientos y escenarios que pudieran empañar, no solo la imagen de la Monarquía a la que había servido tantos años en la Península, sino también y por encima de todo su reputación como cualificado profesional de la fortificación. Estamos convencidos de que el atlas fue para su autor una herramienta de promoción personal, una especie de hoja de servicios construida a base de imágenes de bella factura, a través de las cuales el ingeniero quiso mostrar la cara amable de su intensa actividad profesional durante el largo periodo que estuvo al servicio de la Monarquía Hispánica. Aunque todo apunta a que el atlas se materializó y culminó en Livorno, creemos que la idea de realizar una obra que sirviera de carta de presentación de quien la ejecutaba fue un proyecto que empezó a madurarse en España, cuando Lorenzo Possi se encontraba sirviendo al ejército de la Monarquía. Entre sus papeles personales existían esbozos de planos y vistas que anticipan levemente el formato de la obra, aunque la prueba irrefutable de que antes de abandonar España ya había empezado a pensar en este proyecto personal nos ha llegado recientemente gracias a la fundación catalana Ramon Mascort, que ha puesto a nuestra disposición una vista manuscrita de Palamós ejecutada y firmada por Lorenzo Possi en agosto 1676. Este documento, propiedad de la fundación Mascort, incorpora buena parte de los elementos formales que compartirían todas las láminas de su futuro atlas.³⁹

39. Según la información que nos han proporcionado los responsables de la Fundación Mascort de Barcelona, el plano de Palamós realizado por Lorenzo Possi, que forma parte de sus fondos, fue adquirido por don Ramon Mascort Amigó a un comerciante de grabados de Barcelona quien, a su vez, lo había adquirido en París.

Siendo así, no podemos descartar que su ambicioso proyecto cartográfico se hubiera iniciado en la Península ibérica. Es posible que al principio, cuando se hallaba en Extremadura, el proyecto fuera poco más que un esbozo, aunque más tarde, ya en Cataluña, la idea fue tomando cuerpo, coincidiendo, quizá, con la pérdida de la importante plaza de Bellegarde en el Rosellón francés, un acontecimiento que puso en entredicho la reputación y el honor de Lorenzo Possi. El polémico papel que desempeñó el ingeniero italiano en la defensa del fuerte de Bellegarde frente al asedio francés de 1675 truncó definitivamente la brillante trayectoria de Possi, y aunque el proceso judicial que las autoridades españolas abrieron para dirimir responsabilidades le eximió de toda culpa, su nombre y su reputación profesional salieron muy dañados.⁴⁰ Las escasas referencias que hemos podido recabar sobre el personaje durante el periodo comprendido entre el inicio de la causa abierta por el asunto de Bellegarde y su marcha a Italia confirman que el ingeniero salió muy dañado profesionalmente de aquel proceso.⁴¹ En este contexto tan adverso, pudo barajar la posibilidad de rehabilitar su nom-

40. La estratégica plaza de Bellegarde, en el Rosellón francés, fue rendida por los españoles comandados por el duque de San Germán en junio de 1674. En el asedio y posterior fortificación participaron como ingenieros Ambrosio Borsano y Lorenzo Possi. Un año después, este último también se encontraba dentro de la fortaleza en calidad de ingeniero militar cuando el ejército francés, con el duque de Schomberg al frente, inició su asedio el 14 julio de 1675, que no duró ni tres semanas. El 27 de ese mes una parte de la oficialidad, incluido Lorenzo Possi, resolvió rendir la plaza ante la apremiante situación en que se encontraban y las muchas bajas sufridas, sin aguardar la llegada de un ejército de socorro, prevista para el día 31. Esta rápida rendición de la plaza suscitó dudas y polémicas, que se sustanciaron en un proceso judicial abierto poco después a instancias del duque de San Germán y concluido en septiembre de 1676. SÁNCHEZ RUBIO, SÁNCHEZ RUBIO y TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas Medici*, pp. 80-88.

41. En 1677 Lorenzo Possi reclamó al Consejo de Guerra la ración de pan y cebada diaria que había disfrutado hasta entonces por concesión del duque de San Germán, y que en ese año le habían suspendido. La demanda no fue atendida y el rey confirmó la anulación, lo que limitó su movilidad, porque el sustento de su caballo a partir de entonces dependía de sus emolumentos. AGS, GyM, lib. 331, fol. 238 y lib. 332, fol. 185.

bre presentando a la Corona su hoja de servicios mediante una hermosa obra cartográfica. El plano de Palamós de 1675 parece apuntar hacia esta idea, y si ello fue así, el primer destinatario en quien pensó Lorenzo Possi para depositar su atlas fue el rey de España, y no quien finalmente lo disfrutó años después, Ferdinando de Medici.

Si esa posibilidad estuvo en su ánimo, nunca llegó a materializarse, porque el atlas vio la luz en Livorno y fue entregado al príncipe heredero del Gran Ducado de la Toscana en 1687, como certifica la portada del manuscrito. Por entonces las circunstancias vitales y profesionales de Lorenzo Possi poco tenían que ver con la etapa vivida en España, aunque existen razones que nos llevan a considerar que la intencionalidad de la obra fue también la de mostrar su intensa actividad profesional, pero esta vez a sus señores naturales de la Toscana, aspirando a alcanzar una promoción personal. La mayor parte de los documentos que incorporó Lorenzo Possi eran testimonios gráficos de su actividad en España, las evidencias de su trabajo como dibujante, ingeniero militar y soldado, por ello dejó fuera de la obra aquellos trabajos menos gratos que pudieran perjudicar su brillante hoja de servicios. No incluyó, por ejemplo, planos sobre el asedio de Vila Viçosa o la batalla de Montes Claros (junio de 1665), que, como sabemos, supuso un duro revés para el ejército de Extremadura y para el marqués de Caracena, su máximo responsable entonces. A pesar de que Lorenzo Possi estuvo allí y tenía constancia documental tanto del asedio como de la batalla, optó por no incluir estos acontecimientos poco satisfactorios en la obra.⁴² Como tampoco lo hizo con la plaza de Bellegarde, aunque, dado su papel en

42. Fue en ese escenario donde localizamos por primera vez a Lorenzo Possi como ingeniero militar, formando parte de una de las unidades del ejército de Extremadura que había llegado poco antes a la frontera de Portugal procedente de Italia. Algunos de los planos que pertenecieron a Lorenzo Possi dejan testimonio de estos hechos y confirman su presencia en estos escenarios; tanto del asedio como de la batalla dejó constancia documental. También lo ratifica su hoja de servicio realizada en Olivenza en agosto de 1665, donde se recogían los méritos que había acumulado durante los primeros meses de su estancia en España.

la defensa de aquel recinto fortificado, Possi realizó y firmó varios planos, que como es natural no trasladó a su atlas.⁴³

El ingeniero puso en manos de la familia Medici un material de indudable interés militar y estratégico, que cualquier mandatario europeo de la época hubiera querido poseer. Lo que Possi recreaba en sus dibujos eran plazas bajo el dominio del rey de España, plazas plagadas de datos de altísimo valor estratégico y militar puestos por esta vía a disposición de los Medici, aunque al hacerlo traicionaba a la Monarquía Hispánica, a la que había servido tantos años. No obstante, debemos tener en cuenta que esta entrega se materializó después de llevar sirviendo varios años a sus nuevos señores como sargento mayor de la Fortaleza Vieja de Livorno. El gesto no parece inocente, sino cargado de una clara intencionalidad, no tenemos la menor duda. Gracias a la copiosa correspondencia que desde su llegada a Livorno el ingeniero mantuvo con Francesco Panciatici, secretario del gran duque de la Toscana, hemos podido conocer las aspiraciones de reconocimiento social y profesional que Lorenzo Possi comenzó a manifestar a los cinco años de instalarse en la ciudad. A una



FIGURA 2. Portada del Atlas Medici de Lorenzo Possi.

43. Sus planos y sus descripciones fueron tomados por el fiscal como elemento de prueba en el proceso que se sustanció al poco de rendirse la plaza para dirimir responsabilidades. Por esa razón, se conservan varios documentos realizados por Lorenzo Possi tanto en Simancas como en el Archivo de la Corona de Aragón, además de otras copias que quedaron en su poder y formaron parte de su archivo personal. AGS, Mapas, Planos y Dibujos, 06, 118 y 119; Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Colecciones, Mapas y Planos, 4/1 y 4/2; Instituto Iberoamericano de Berlín, Fran-da-2.

edad madura contrajo matrimonio con una respetable viuda, Isabella Ricci, bien posicionada en la sociedad de Livorno, y poco después, escudado en su nueva situación familiar, Possi solicitó al gran duque que le otorgara el título de «caballero castellano de la fortaleza», un título que podría reportarle una mejora salarial, pero, sobre todo, un mayor reconocimiento social. Su petición fue reiterada en varias ocasiones sin que obtuviera una respuesta afirmativa; además, su nombre desaparece bruscamente de la documentación como comandante de la Fortaleza Vieja, siendo sustituido por razones que no estamos en condiciones de aclarar. La sustitución coincidió en el tiempo con la entrega del atlas a Ferdinando de Medici, una circunstancia que creemos que está íntimamente relacionada con su frustrado proyecto de reconocimiento social y con la esperanza, quizá, de que, gracias a este regalo que mostraba su trayectoria profesional, sus aspiraciones volverían a ser atendidas.

El momento, además, no podía ser más propicio, porque al tiempo que se entregaba la obra acababa de firmarse el compromiso matrimonial entre el príncipe Ferdinando y la princesa Violante Beatriz de Baviera.⁴⁴ Aunque la portada de la obra no ofrece dudas de que el destinatario en aquel momento era el heredero de la Toscana, creemos que Lorenzo Possi entregó su atlas pensando sobre todo en Cosimo III y en poder agasajarle en un momento tan feliz a nivel familiar.

4. *Fronteras de un imperio, fronteras peninsulares*

Los espacios que ambos atlas cartografían formaban parte de las fronteras territoriales y marítimas de la Monarquía Hispánica en la segunda

44. La boda fue concertada en Mónaco en mayo de 1688. Con anterioridad se había barajado seriamente la posibilidad de que el príncipe Ferdinando de Medici se uniera a la infanta Isabel Luisa de Portugal, hija y heredera del rey Pedro II. Un proyecto que no fructificó porque una de las cláusulas que Portugal exigió a Florencia fue que el príncipe residiera en Lisboa y que renunciara a sus derechos dinásticos en el Gran Ducado de la Toscana.

mitad del siglo xvii, aunque el atlas del marqués de Heliche incorpora una dimensión imperial frente a la obra que años después realizó Lorenzo Possi, en la que la atención queda focalizada en la Península ibérica y en los escenarios que frecuentó su autor como ingeniero militar. Los espacios que se representan en ambos casos se localizan en las zonas más conflictivas y de mayor tensión⁴⁵ de la segunda mitad del siglo xvii, aunque las cronologías que enmarcan ambos proyectos introducen importantes diferencias en su contenido, más allá del espacio que ambas obras exhiben. Ni el grado de dificultad que atravesaba la Monarquía era el mismo a mediados y en el último tercio del siglo xvii, ni las fronteras habían permanecido estáticas durante ese lapsus de tiempo. Cuando el hijo del valido de Felipe IV encargó a Leonardo de Ferrari su obra, la Monarquía vivía años de gloria y triunfos, en los que se llegó a acariciar la idea de poder recuperar el honor y la reputación perdidos en Europa.⁴⁶ Años después, cuando Lorenzo Possi empieza a servir a la Corona en la Península, lo hace en una guerra que ya estaba sentenciada a favor de Portugal, y prosigue su actividad en otra frontera, la

45. La fortificación de las fronteras fue esencial en los planteamientos defensivos de la Monarquía española, una fortificación que se aborda a base de torres en el litoral costero, fortalezas, ciudades fortificadas, ciudadelas y pequeños castillos guardando los pasos fronterizos. Las necesidades defensivas ante franceses, holandeses, ingleses, turcos y otros enemigos explican la envergadura de las fortificaciones que desde comienzos del siglo xvi se llevaron a cabo, y que a duras penas se intentaban mantener en el tiempo en que se elaboraban los dos atlas.

46. El año de 1652 fue un auténtico *annus mirabilis* para las armas españolas al poderse igualar los logros militares conseguidos durante la década de los años 20. La toma de los condados de la Cerdeña y Conflent, la recuperación de Barcelona, las conquistas de Dunquerque en Flandes y Casale en Italia, fueron triunfos que una década antes hubieran parecido inconcebibles. C. BORREGUERO BELTRÁN, «De la erosión a la extinción de los Tercios españoles», pp. 445-484, en E. García Hernán y D. Maffi, eds., *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. 1, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2006, p. 460. Una contextualización histórica extensa de las imágenes del atlas del marqués de Heliche puede verse en SÁNCHEZ RUBIO, SÁNCHEZ RUBIO y TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas del marqués*, pp. 39-75.

franco-catalana, que a duras penas podía ya sostener una Monarquía muy debilitada.

TABLA I. Los espacios cartografiados en el atlas del marqués de Heliche

Espacios	N.º de láminas
Península Ibérica	55
Italia	58
Norte de África	4
Flandes	4
Las Indias	10
Otros	2
Total	133

A la vista de los datos, lo primero que llama la atención en el atlas del marqués de Heliche es el acento que la obra pone en la Península ibérica y en Italia. Si sostenemos que la encuadernación apresurada de los planos estuvo motivada por el inicio frustrado de las negociaciones de paz con Francia, esa representatividad cobra mucho sentido. A comienzos de la década de 1650, cuando se ejecutaba la obra de Heliche, la mayor parte de los problemas políticos y militares que padecía la Monarquía Hispánica procedían directa o indirectamente de la vecina Francia. La reanudación de las hostilidades entre ambas Coronas terminó por repercutir negativamente en el conjunto de territorios que componían la Monarquía Hispánica, porque el contencioso no se dirimió de forma exclusiva en suelo francés y español, sino que se trasladó también a los Países Bajos meridionales y, sobre todo, a Italia, terminando por afectar en mayor o menor medida a los distintos territorios peninsulares. Por ello, los espacios privilegiados en la obra cartográfica de Heliche se reparten masivamente y en proporciones muy similares en dos áreas fundamentales, la Península ibérica e Italia, es decir, los frentes bélicos más importantes que tenía abiertos la Monarquía en el momento de la ejecución de la obra. En el caso de la Península ibérica, la atención se focaliza en las zonas más conflictivas y de mayor tensión

del momento: la frontera pirenaica, cuya defensa se convirtió en prioritaria a partir de 1635, tras el estallido de la guerra con Francia, y los territorios donde se habían instalado los frentes catalán y portugués desde 1640.

La frontera pirenaica aparece representada con diversos enclaves que guarnecían los pasos y los valles de esta cadena montañosa, testimoniando la importancia que aquellas fortificaciones tenían en la defensa del norte peninsular frente a la vecindad conflictiva de Francia: Fuenterrabía, Pamplona, Jaca, Espelunca, Canfranc, Hecho, Ansó, Berdún, Ainsa, Santa Elena y Benasque. Del mismo modo, las fronteras catalana y portuguesa se encuentran representadas en el atlas de Heli-che a través de numerosas plazas fuertes y algunos hechos de armas. Atendiendo al número de imágenes, la obra prioriza claramente el espacio catalán frente al portugués, reflejo de la desatención que este último frente de guerra mereció por parte de la Corona hasta la firma de la paz de los Pirineos de 1659. Los pocos ejemplos de este espacio que aparecen en la obra⁴⁷ se localizan en la zona suroccidental de Extremadura, muy cerca de la «raya» y próximos a Badajoz, territorio donde se dirimió, en gran medida, el largo conflicto hispano-portugués. Por el contrario las imágenes relacionadas con el conflicto catalán son más numerosas, aunque cuando se realizaba el atlas la guerra ya se encontraba en su fase final. Las plazas cartografiadas se localizan en las fronteras territoriales y marítimas del Principado, conformando un triángulo cuyos vértices descansan en Tortosa, Ager y Salces. El frente oeste queda incorporado con las plazas de Ager, Lérida —una de las láminas más bellas de la colección—, Fraga, Flix, Miravet y Tortosa. La frontera norte catalana está representada por los Condados de la Cerdaña y del Rosellón, barreras protectoras de Cataluña, sobre las que Francia mantenía una larga aspiración. Ambos territorios tienen una significativa presencia en el atlas, tanto por el número de plazas que se incluyen,

47. Almendral, Oliva de la Frontera, Telena, Jerez de los Caballeros y La Albuera. Se incluye, además, una representación de la batalla de Montijo con la disposición que ambos ejércitos presentaban el 26 de mayo de 1644.

como por la carga simbólica de su elección,⁴⁸ pues todas ellas podrían servir como valor de cambio en las futuras negociaciones de la Paz de los Pirineos. Por su parte, la frontera oriental de Cataluña aparece débilmente recreada con los ejemplos de Rosas y de Tarragona, existiendo ausencias injustificables, como la emblemática plaza de Barcelona, cuya exclusión solo podemos explicar desde la hipótesis de un trabajo inacabado. Dentro de este contexto bélico hay que insertar también las imágenes que se incorporan de otros importantes puertos del Mediterráneo ubicados en el entorno próximo a Cataluña (Valencia, Peñíscola, Alcudia, Mallorca y Fornell), que fueron utilizados por la Monarquía como bases para sofocar la revuelta catalana.

Las imágenes italianas que aparecen en la colección de mapas de Heliche son también testimonios de la política belicista que enfrentó a España y Francia durante la primera mitad del siglo XVII. Recogen lo más llamativo, lo que se desea resaltar y negociar en un tiempo que coincide plenamente con los doce primeros años del valimiento de don Luis Méndez de Haro. Los planos muestran algunos de los principales escenarios del conflicto hispano-francés a lo largo de la década de los cuarenta y primera mitad de los cincuenta, aunque para su recreación a veces se utilicen modelos que se corresponden con etapas anteriores, sobre todo con la fase final del valimiento del conde-duque de Olivares. A nivel espacial, los planos de Italia muestran los presidios de la Toscana,⁴⁹ el control del llamado «camino español» —entre Génova y Finale y el paso alpino de la Valtelina—, el Estado de Milán y sus territorios limítrofes —que en el atlas tienen una generosa representación—,

48. Puigcerdá, Bellver, Puigvalador, Carol, Leucate, Salces, Tautaullez, Opoul, Perpignan, Bellegarde, Colliure y San Telmo.

49. El atlas ofrece tres imágenes que se corresponden con los tres lugares asediados por las tropas francesas durante la campaña de 1646, esto es, Orbitello, Portolongone y Piombino, los dos últimos con éxito. La recuperación de dichas plazas por don Juan de Austria y el virrey de Nápoles (conde de Oñate) en 1650 es precisamente el acontecimiento que narran las imágenes del atlas, incorporando una gesta que llenó de orgullo a las armas españolas.

además de Sicilia. Por el contrario, no existe ninguna imagen del reino de Nápoles, lo que solo puede justificarse con la tesis de que estamos ante una obra inconclusa. La mayor parte de las plazas italianas representadas en el atlas se inscriben en el Milanesado y en los estados fronterizos a este, que permanecían enfrentados y/o aliados con España, dependiendo de las circunstancias políticas del momento.⁵⁰ Todos integraban el llamado «Estado de Milán y sus confines», denominación usual en la documentación de la época que aludía a un territorio de límites confusos, resbaladizo y sometido a constantes cambios. Y es así, justamente, como este espacio de frontera fue recreado por Leonardo de Ferrari en el atlas. Todas las plazas cartografiadas formaron parte de un colosal dispositivo destinado a preservar este territorio de posibles invasiones y ataques.⁵¹

Milán, el corazón de ese vasto territorio de frontera, adquiere una importante presencia en el atlas al ser representado nada menos que por tres imágenes;⁵² el resto de los enclaves fortificados del Milanesado tienen su razón de ser en función de la cobertura que pudieran prestar a la capital del Estado. A manera de anillos defensivos, su principal misión fue la de proteger Milán, aunque en los tiempos en que se ejecutaba el atlas la actitud militar predominante se basaba en una estrategia eminentemente defensiva frente a Francia y sus aliados italianos.

50. El Milanesado resultaba vital para asegurar y defender los dominios españoles en la Lombardía, pero, sobre todo, su importancia provenía de su ubicación como espacio estratégico utilizado por España para trasladar los tercios desde Italia a los Países Bajos y para conectar las dos ramas del imperio. Además, esta privilegiada ubicación permitía vigilar de cerca a los virtuales enemigos y, a la vez, potenciales aliados de Francia; por ello se convirtió en el centro por excelencia de la política española en Italia, dependiendo de él la conservación de todos los territorios italianos de la Monarquía católica.

51. El Milanesado se convirtió en objetivo preferente de los planes de Mazarino, en el que se combinaban la posesión de plazas estratégicamente ubicadas y el control de las comunicaciones, tan vitales para el territorio lombardo.

52. Una corresponde al castillo sforcesco y las dos restantes a los canales del Naviglio, vitales en el dispositivo defensivo de la ciudad.

En el flanco oriental las defensas se establecían en base a dos líneas de contención,⁵³ mientras que en la frontera occidental se formó un amplio y extenso frente que se extendía desde el golfo de Génova hasta las inmediaciones del Lago Mayor. Un enorme campo de batalla dotado de plazas de armas y fortificaciones en cada punto estratégico, que en su mayor parte fueron representadas en el Atlas, ofreciéndonos un recorrido visual por las fronteras piemontesas de mediados del XVII.⁵⁴ Sin embargo, algunas de estas plazas ya no se encontraban bajo el control español cuando se dibujaban las imágenes. Es más, su inclusión, evoca sobre todo los espectaculares éxitos que habían alcanzado las tropas del marqués de Leganés en el Piamonte durante los lejanos años de 1638 y de 1639. Estos éxitos, que con tanto detalle recrea Ferrari en el Atlas, apenas perduraron en el tiempo, porque mediada la década de los cuarenta buena parte de aquellos logros se habían desvanecido por completo. Por tanto, en este caso, el contenido de la obra fue abultado de forma intencionada, con fines claramente propagandísticos para engrandecer el poder de la Monarquía católica y evocar un dominio que ya con dificultad se mantenía en aquellos confines del estado de Milán. La tercera frontera de este espacio dibujado por Ferrari se encargaba de proteger las complejas y vitales comunicaciones que unían el norte del Mediterráneo occidental con los Países Bajos a través del Milanésado: el llamado camino español, cuyos extremos se situaban en Génova y/o el marquesado de Finale,⁵⁵ por un lado, y en el paso alpino de la

53. La primera, de vanguardia, la ocupaban las plazas de Cremona, Pizzighettone y Sabbioneta, mientras que la segunda línea, que actuaba de retaguardia, se formaba tras el río Adda con las plazas de Lodi y Pavía, a manera de defensa adelantada de la capital. Esta segunda línea se prolongaba hacia occidente con las plazas de Mortara y Vigevano, al otro lado del Tesino, defensa natural que actuaba como auténtico antemural de aquella ciudad por el Oeste.

54. Romagnano, Novara, el castillo de Fontane, Villata, Vercelli, el fuerte Sandoval, Crescentino, Trino, Casale de Monferrato, Pontestura, Rosignano, Valencia del Po, Alessandria, Turín, Moncalier y Chieri.

55. Entre otros enclaves se incluye el puerto de Finale, que desde finales del siglo XVI, tras quedar bajo la órbita de Felipe II, aspiró a convertirse en el puerto de

Valtelina,⁵⁶ por otro. El Atlas deja también constancia de la importancia de las plazas y fortalezas que jalonaban y defendían aquella vía de comunicación.

Junto con el Milanesado, la isla de Sicilia es el territorio italiano que más imágenes ocupa en el encargo del marqués de Heliche,⁵⁷ certificando así la relevancia de un espacio que contribuía a asegurar la viabilidad del sistema español. Cuando Leonardo de Ferrari dibujaba las plazas sicilianas, la situación del Mediterráneo se había alterado sustancialmente. El curso turco-berberisco vivía su momento de oro y las potencias enemigas de la Monarquía frecuentaban cada vez más este espacio, que ya no era de exclusiva hegemonía española.

En el dominio del Mediterráneo, las plazas norteafricanas desempeñaron también un relevante papel, contribuyendo a reforzar el dispositivo defensivo-militar que se crea en torno a su cuenca. No es extraño que en el Atlas de Ferrari se incluya una muestra exigua, pero muy representativa, de las posesiones africanas de la Monarquía Hispánica a mediados del siglo xvii: Orán, Mazalquivir, Mamora y Tánger. Plazas castellanas y portuguesas que desde 1580 pertenecían a un mismo rey, y que controlaban los accesos al Mediterráneo occidental y al Atlántico sur desde sus dos orillas. Porque la línea defensiva del litoral africano se completaba desde el otro lado del mar por las plazas peninsulares del Algarve y de Andalucía, que en el Atlas se concretan con los planos de Lagos, Tavira, Castromarín, Ayamonte y Cádiz, además del castillo de San Gian, en el acceso al puerto de Lisboa. Plazas

Milán frente a Génova. Leonardo de Ferrari realiza dos bellos dibujos de aquel lugar, mostrando visualmente en ellos el proyecto que se venía acariciando desde principios del siglo xvii: la construcción de un puerto suficientemente abrigado y todo el dispositivo defensivo para un espacio que aspiraba a custodiar el Estado de Milán.

56. El territorio de la Valtelina está presente en tres planos del atlas, uno dedicado al Lago de Como y los dos restantes al fuerte de Fuentes, construido en 1603. Un lugar tan estratégico en las comunicaciones transalpinas que convirtió a esta fortaleza española en la auténtica llave de paso al Milanesado por el norte, en la «puerta de los Alpes».

57. Messina, Sciacca, Giurgente, Licata, Terranova, Marsala, Castelazo, Trapani, Mazara, Matagrifon y el castillo de Gonzaga.

portuguesas y castellanas estrechamente ligadas al mundo de la Carrera de Indias, fundamentales para sostener la estrategia naval atlántica y los accesos al Mediterráneo.

A pesar de que en el título de la obra se hace mención a Flandes, su presencia en el atlas de Heliche es muy reducida⁵⁸ y no se corresponde con la importancia que la Monarquía Hispánica concedió a este espacio de su imperio, aunque cuando Ferrari dibujaba los planos los Países Bajos habían dejado de ser un problema acuciante para Madrid. Esta circunstancia se aprecia también en relación con las Indias, que en la obra aparecen representadas con solo diez láminas. Una cifra exigua e insuficiente, que no hace honor al imponente patrimonio territorial que los Habsburgo españoles consiguieron reunir a partir de 1580, tras la agregación de Portugal. Tan escasa representación solo puede explicarse desde la mencionada hipótesis de un trabajo inconcluso y de unos objetivos centrados en las negociaciones con Francia. De otra manera no se alcanza a entender por qué no se incluyeron más imágenes del imperio de Ultramar en una obra que, además de otros fines más utilitaristas, pretendía mostrar el poder de la Monarquía Hispánica con imágenes de su imponente capital defensivo. Ciertamente, se echan en falta plazas importantes, aunque los ejemplos que se incorporan constituyen una selecta muestra del imperio de Felipe IV en los territorios africanos, asiáticos y americanos.⁵⁹ Cuando estas plazas se estaban dibujando hacía tiempo que las colonias portuguesas habían aclamado a João IV como su nuevo rey, sumándose a la sublevación de diciembre de 1640. Sin embargo, en la obra del marqués de Heliche se incluyen enclaves del imperio ultramarino portugués, certificando una soberanía territorial que, al entender de su promotor, seguía perteneciendo a los Austrias españoles y no a la línea usurpadora de los Braganza.

La urgencia con la que el atlas fue encuadernado explica por qué en muchos sentidos la obra se convirtió en una compilación inadecuada,

58. Dunkerque, Mardick, Courtrai (Kortrijk) y Flesinga (Vlissingen).

59. San Jorge da Mina, Cabo Verde, Mozambique, Damão, Puerto del Callao y los castillos del Morro y San Salvador de la Punta en La Habana.

pues las omisiones fueron muy ostensibles. Ni Lisboa, ni Barcelona ni tampoco el reino de Nápoles y Cerdeña aparecen en el atlas. También se excluye la mayor parte de la frontera portuguesa. Flandes se encuentra infrarrepresentado, y las Indias, con tan solo unos pocos ejemplos, se presentan como un espacio prácticamente en blanco. Sin embargo, en el ámbito de las frustradas negociaciones de la Paz de 1656, el atlas, aunque incompleto, pudo haber sido una herramienta muy útil para conocer los problemas estratégicos a los que se enfrentaba la Monarquía Hispánica en su lucha por salvarse de la derrota frente a Francia.

Por su parte, el regalo que Lorenzo Possi depositó en la familia Medici recreaba las principales fronteras en conflicto de la Península ibérica, en las que aquel había trabajado como ingeniero militar desde su llegada a España en 1665: la frontera luso-extremeña y la franco-catalana. Ambos espacios eran bien conocidos por el italiano, porque en ellos había desarrollado la mayor parte de su actividad como profesional de la fortificación. El conocimiento que había adquirido durante el tiempo que pasó en España fue trasladado a las láminas donde recreó las plazas militares que aseguraban las defensas en ambas fronteras, y los espacios por donde había caminado, combatido y ejercido su trabajo en el transcurso de estas dos guerras peninsulares.

TABLA 2. Los espacios cartografiados en el atlas de Lorenzo Possi

Espacios	N.º de láminas
Extremadura	8
Portugal	18
Luso-extremeña	26
Cataluña	15
Rosellón	5
Franco-catalana	20
Cartagena	2
África	4
Total	52

Las dos fronteras en conflicto están bien representadas en la obra con un número de láminas casi parejo, aunque resulta evidente el desigual acento que el ingeniero puso a un lado y otro de la raya. En relación con el espacio luso-extremeño la descompensación es muy llamativa, porque frente a las seis localidades de Extremadura que se incluyeron en la obra (Moraleja, Alcántara, Valencia de Alcántara, Alburquerque, Badajoz y Jerez de los Caballeros), Portugal acaparó una mayor atención, duplicando su número de láminas.⁶⁰ Lorenzo Possi quiso que su obra albergara una abultada muestra de plazas militares portuguesas, localizadas cerca de la frontera (Arronches, Campo Maior, Olivenza, Évora, Portalegre, Juromenha, Mourão, Moura y Vila Viçosa), aunque también a mayor distancia de ella, como fue el caso de Estremoz, Setúbal o la fortaleza de San Gian, en la desembocadura del Tajo. Resulta evidente que este ingeniero militar no podía haber trabajado en la mayor parte de ellas, aunque sí las conocía de manera personal o a través de planos de otros compañeros que habían intervenido en sus fortificaciones. Es muy probable que cuando decidió acaparar tanta cartografía del país vecino en su mente estuviera el rey de España, porque en su calidad de ingeniero no podía ignorar la necesidad de información militar que el gobierno tenía para poder afrontar la definitiva recuperación de Portugal.⁶¹ Aunque tampoco podemos descartar que en su decisión de incluir tantas imágenes de Portugal pesara también el interés que su señor natural, Cosimo de Medici, había mostrado por aquellas plazas cuando, siendo todavía príncipe, viajó por tierras de España y Portugal. Muchas de las localidades transfronterizas que Possi eligió para su obra coinciden con las que recorrió Cosimo de Medici en 1669, cuando se desplazó desde Badajoz a Lisboa. A principios del mes de enero de 1669, la comitiva del entonces heredero del Gran Ducado de la Toscana llegó a las inmediaciones de Badajoz, donde Lorenzo Possi

60. Ello a pesar de que Lorenzo Possi conservaba entre sus papeles personales otros planos de Extremadura que no se incluyeron en el atlas.

61. Sobre el tema puede verse VALLADARES y SÁNCHEZ MARTÍNEZ, «Mapas para una guerra».

tuvo ocasión de presentar sus respetos al príncipe,⁶² y es muy posible que ya entonces pudiera haber conocido el interés que este viaje por tierras lusitanas tenía para su señor. Porque todos sabían que Cosimo de Medici deseaba fervientemente contemplar *in situ* el gran esfuerzo de defensa y fortificación militar que Portugal había realizado durante la guerra de la Restauración y comprobar su eficacia frente a un adversario infinitamente más poderoso, al que pudo vencer.⁶³

Antes de iniciar la etapa que a principios de 1670 le ligaría a Cataluña, Lorenzo Possi realizó algunos trabajos en Cartagena, destinados a mejorar las defensas, tanto en el puerto como en las fortificaciones de la ciudad. Desde allí hizo también dos viajes relámpago a la ciudad de Melilla y al presidio de Orán, para participar en algunos dispositivos militares y colaborar en diversos trabajos de fortificación. De la intensa actividad que el ingeniero desplegó durante aquellos pocos meses dan fe seis de las láminas del atlas.

El segundo espacio con mayor representación en la obra es la otra frontera peninsular en conflicto, a la que llegó Lorenzo Possi a finales de 1670. Las imágenes relativas a dicha frontera nos ofrecen una cronología prácticamente coincidente con la guerra de Holanda (1673-1678), donde se enfrentaron la Monarquía Hispánica y Francia. La repercusión

62. Así lo recoge el diario del viaje escrito por Lorenzo Magallotti: «La mattina di questo giorno [7-enero-1668] si era trovato in Lobón a reverire, servire S.A. Lorenzo Porsi Pistoiese, giovane, che da sei anni serve negli Eserciti del Re, e al presente è stato esente della riforma rimanendo al servizio con titolo d'ingegnere». LORENZO MAGALOTTI, *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*, edición y notas de Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti de Sánchez Rivero, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1933, pp. 236-237.

63. ROCÍO SÁNCHEZ RUBIO, Isabel TESTÓN NÚÑEZ y Carlos SÁNCHEZ RUBIO, «Al servicio de Cosme de Médicis. Las plazas portuguesas en el atlas de Lorenzo Possi (1687)», *Revista de Estudios Extremeños*, número monográfico dedicado al profesor Fernando Serrano Mangas, 71-3 (2015), pp. 1783-1806. Sobre el viaje de Cosimo de Medici en Portugal, véase también Carmen M. RADULET, «Cósimo III Medici and the Portuguese Restoration: A Voyage to Portugal in 1668-1669», *e-Journal of Portuguese History*, 1, n. 2 (2003), pp. 1-9.

sión que este conflicto tuvo en la frontera franco-catalana se recoge en una veintena de láminas que corresponden a localidades que tuvieron un papel relevante en la defensa del Principado frente a las agresiones francesas: Tarragona, Palamós, Gerona, Cadaqués, Rosas, Seo de Urgel, Castellfollit, Puigcerdá, Camprodón, Ceret, Ostalrique y Roca. El atlas incorpora, además, cuatro mapas corográficos que en la obra se identifican como «Cartas Generales». En uno de los mapas se cartografía la frontera luso-extremeña, mostrando el principal escenario donde se había desarrollado la guerra de Portugal. Los tres restantes visualizan el espacio donde el ingeniero militar había tenido una actuación más intensa y prolongada y donde se habían desarrollado las principales campañas de la guerra de Holanda a partir de 1673. Es interesante constatar como en los cuatro mapas generales se dibujan las fronteras que delimitaban los territorios de la Monarquía frente a Portugal y Francia, poniendo de manifiesto un concepto de soberanía territorial que contaba ya con un amplio recorrido, pero que se va a cimentar, sobre todo, a partir de la definición de las fronteras franco-españolas tras el tratado de los Pirineos.

5. *Los modelos de representación*

Dados los objetivos que se perseguían con ambos atlas y el material del que se nutrieron, en los dos existe una aplastante presencia de imágenes de plazas militares⁶⁴ que ayuda a perfilar los espacios en conflicto, las zonas calientes que la Monarquía mantenía en sus territorios durante la segunda mitad del siglo XVII. Por ello, la información de tipo defensivo y estratégico-militar es predominante en los dos casos. Se muestra la planimetría de recintos fortificados y todos los elementos que confor-

64. Razón que justifica el predominio de espacios urbanos en estas obras. Annalissa Dameri ha resaltado el protagonismo absoluto de la ciudad en el atlas del marqués de Heliche, que muestra un gran número de ciudades y plazas fuertes del imperio español. Annalisa DAMERI, *Le città di carta. Disegni dl Krigsarkivet di Stoccolma*, Fondazione C. M. Lericci-Stoccolma / Politecnico di Torino, Turín, 2013.

man las defensas de esos enclaves: castillos, murallas, puertas, torres, baluartes, revellines, caminos cubiertos, estacadas, cuarteles, además de los edificios civiles y religiosos más representativos que eran potencialmente útiles para la defensa de un lugar. Aunque el acento se pone en el perímetro defensivo, con frecuencia este se acompaña de la trama urbana de la plaza que se representa, siendo también usual la incorporación de trazas de proyectos encaminados a mejorar las defensas. A esta categoría pertenecen 56 láminas del atlas del marqués de Heliche, mientras que en el que dibujó Lorenzo Possi llegan a ser algo más de la mitad del conjunto. En este último atlas no existen láminas destinadas a recrear fortificaciones individualizadas, a pesar de que Possi guardaba ejemplos de este tipo entre sus papeles, a diferencia del atlas de Heliche, donde existe un abultado número de elementos defensivos que se dibujan de manera exenta (48), descontextualizados del entorno urbano y/o paisajístico donde se encontraban integrados. Otra categoría con importante presencia en el atlas de Lorenzo Possi son las vistas urbanas en perspectiva militar de algunas plazas que se representan en alzado, donde se muestra la experiencia visual de quien un día las contempló y dedicó un tiempo pausado a dibujarlas, como las propias imágenes dan a entender. Las vistas plasman el cerrado cinturón de las murallas que protegían las iglesias, los conventos, las fortalezas y las casas de sus habitantes, los edificios extramuros y los puentes y caminos que comunicaban ese emplazamiento con su entorno más próximo. Sin olvidar los enclaves costeros, de los que se ofrece información muy interesante relativa a los puertos para el ataque de navíos, consignando datos de gran valor sobre los lugares que se asomaban al mar, como la profundidad de las aguas o los elementos defensivos y naturales para su protección.

Porque uno de los aspectos más reseñables de la obra de Lorenzo Possi es el valor que el autor concede al entorno natural en el que se incluyen las plazas fuertes. Tanto las que dibujó en plano como las que diseñó en alzado, todas aparecen perfectamente insertas en su entorno urbano y paisajístico. Este no se dibuja como un mero adorno, sino para aportar información de alto valor estratégico, tan importante en los mapas de carácter militar: caminos, ríos, puentes, fuentes, torres vigías o

puntos de tiro, así como las elevaciones de terreno, imprescindibles también para la logística de la guerra. Aunque la pericia como dibujante de Lorenzo Possi resulta evidente en todas las láminas de su obra, es en las vistas donde mejor se pone de manifiesto su faceta de pintor y su dominio del arte de la representación.⁶⁵ Diez de las láminas del atlas ofrecen vistas de plazas fuertes, a las que deben sumarse siete más que comparten en un espacio común el plano y la vista de una misma localidad. En la obra de Ferrari, por el contrario, no existen imágenes parecidas, aunque sí dibujos corográficos en forma de vistas de territorios extensos, además de láminas dedicadas a recordar batallas y asedios, donde el ejército del rey de España siempre salió victorioso. Imágenes todas ellas de alta calidad estética y con una carga propagandística muy elevada. Lorenzo Possi, por el contrario, no recrea batallas u otros episodios bélicos en su obra, a excepción de unos pocos casos relacionados con su estancia en la frontera franco-catalana, aunque este tipo de información sí aparece perfectamente integrada en algunos planos a través de los textos de sus cartelas. En este sentido, son especialmente expresivos los cuatro mapas corográficos que dibujó de los espacios fronterizos, porque en ellos se aprecian movimientos de tropas, que enriquecen y amplían la información geográfica y toponímica que incorporan.

6. *Materiales de distinta procedencia*

El material que se utilizó de base para abordar ambos proyectos cartográficos no se concibió inicialmente para que formaran parte de un conjunto unitario, sino que fue la reelaboración de ese material lo que dio lugar a estos dos espléndidos documentos cartográficos.

Ambos atlas comparten el carácter oficial del material del que se nutrieron sus autores para realizarlos. Sin embargo, el modo de abor-

65. Alicia CÁMARA, «El dibujo en la ingeniería militar del siglo XVI», *A Distancia*, núm. monográfico (octubre de 1991), pp. 24-30.

darlos difiere bastante en uno y otro caso, como también el tiempo empleado para culminarlos. Se trataba de un valioso material en teoría reservado y de uso restringido, porque afectaba a la seguridad del Estado, pero al que se accedió por diferentes vías cuando las obras empezaron a acometerse. Heliche entregó al pintor para que realizara su atlas documentos cartográficos que estaban a su alcance como sobrino nieto e hijo de los validos del rey Felipe IV. Lorenzo Possi, por su parte, también hizo uso de material oficial procedente de su actividad profesional, tanto ejecutado por su propia mano como por de la de sus compañeros de profesión. Por tanto, en el primer caso el promotor de la obra accedió a un material *arcana imperii* sirviéndose de su privilegiada posición social y política, mientras que en el segundo caso fue la actividad profesional del ingeniero lo que facilitó el acceso y uso del material.

La ejecución del atlas del marqués de Heliche se realizó en un plazo que en ningún caso superó los cinco años. Aunque nada conocemos de las condiciones del contrato —si es que lo hubo— que propietario y pintor pudieron ajustar antes de iniciarse la obra, sí sabemos que Leonardo de Ferrari trabajó en la corte, porque él mismo lo atestiguó al deslizar este dato en uno de los pedestales que sistemáticamente colocó en la parte inferior de las imágenes para estampar su firma. Así, en la lámina donde dibujó la planta de la ciudad y ciudadela de Casal de Monferrato podemos leer «D. Leonardo de Ferrari delineó en Madrid». Un trabajo que no pudo ejecutar en otro lugar más que en el palacio de la calle Mayor, en el domicilio de don Luis Méndez de Haro, donde también por entonces residía su hijo, el marqués de Heliche.⁶⁶ Aquel recinto de ilustres moradores, donde se celebraban los consejos y se custo-

66. El palacio, situado muy cerca de la iglesia de la Almudena, sufrió un aparatoso incendio en 1654. Durante los meses que duraron las obras de reparación del edificio, el rey acogió a la familia de su valido don Luis de Haro en el Real Alcázar, cediéndole los aposentos que ocupara en vida el difunto príncipe Baltasar Carlos. Tras su restauración, el palacio volvió a ser ocupado por el marqués de Heliche junto con su esposa, hasta que adquirió el Jardín de San Joaquín.

diaban tantos papeles y documentos de interés político y militar, debió ser el lugar físico donde el pintor italiano acudía para ejecutar el encargo de don Gaspar. Y de ello no cabe duda porque Heliche puso a su disposición mapas y planos militares que se custodiaban en aquel recinto palaciego, morada del valido del rey, y que sirvieron de modelo al pintor para dibujar la obra. También las láminas del atlas certifican la manera en que Leonardo de Ferrari llevó a cabo el proyecto cartográfico que puso en sus manos Heliche. El pintor escribió en los pedestales que dibujó en la parte inferior para consignar su nombre, tanto en latín como en castellano, la palabra *delineabat* o «delineó», dejando constancia de la manera en que había ejecutado el encargo. El marqués de Heliche facilitó al italiano los originales a partir de los cuales realizó las láminas del atlas; eran planos, mapas y vistas de procedencia, autoría, tamaños y escalas muy diversos, que Leonardo de Ferrari unificó para dar al material el aspecto homogéneo con el que finalmente se encuadernó. Existen elementos que contribuyen a dar uniformidad a la obra, a pesar de que el material que se copió era bastante heterogéneo, más allá de su común procedencia militar. El tamaño similar de los dibujos, el marco que bordea las imágenes, la manera de presentar los títulos, la introducción de cartelas con el mismo formato en la parte superior, el soporte para acoger las escalas de los planos originales, así como el citado pedestal donde el artista estampa su nombre, aportan los elementos necesarios para crear una obra unitaria a pesar de la heterogeneidad de los materiales que se manejaron.

Desentrañar el método de trabajo que Leonardo de Ferrari utilizó para abordar la obra ha sido posible gracias a la información que nos desvela el propio atlas en alguna de sus láminas. En este sentido, la imagen referida al «Sitio y defensa de la ciudad de Pavía» incorpora en su cartela no solo pormenores de este hecho de armas, que tuvo lugar en el verano de 1655, sino también una anotación que nos descubre con bastante nitidez cómo trabajaba el pintor: «traducido y reducido de grande a pequeño por Don Leonardo de Ferrari». Es decir, el autor italiano no solo se limitó a copiar un modelo que debemos suponer de tamaño muy superior a la copia, sino que además tradujo el texto que

incorporaba el original, con seguridad redactado en italiano.⁶⁷ Esta manera de trabajar ha podido ser verificada gracias a la localización de algunos de los originales que el marqués de Heliche proporcionó a Ferrari para componer sus dibujos. Dichos planos originales debieron de ser trasladados a Estocolmo junto con el atlas en 1687, tras ser adquiridos por el diplomático Juan Gabriel Sparwenfeld. Contamos con una muestra que, aunque no muy numerosa, sí es suficientemente explícita de los originales que Leonardo de Ferrari tuvo delante como modelos para realizar sus dibujos. Se trata de los planos de Tortosa, Zaragoza, el castillo de San Gian (Lisboa), Tánger, Lagos, El Puntal (Cádiz), Jerez de los Caballeros y Almendral.⁶⁸ Ocho modelos que nos permiten conocer de primera mano un método de trabajo que se repite en todas las láminas que formaban parte de la obra. Leonardo de Ferrari hizo exactamente lo que afirmó haber realizado en el dibujo del sitio de Pavía, redujo el tamaño de los originales para uniformar las imágenes de la obra, además de copiar fielmente lo que don Gaspar le había proporcionado. Pero no se limitó a reproducir esos modelos sin más, puso también su empeño en hacer una obra digna de Heliche, embelleciendo unos planos de carácter militar, de alto interés informativo, pero de escasísimo valor estético. Como ya se ha comentado, el material entregado al pintor fue de muy diversa procedencia, autoría y escalas. Estas últimas no se respetaron cuando se realizaron las copias, puesto que las imágenes fueron todas reducidas al mismo tamaño. No obstante, se reseñaron en la parte inferior de los dibujos, lo que ayuda a localizar la procedencia espacial de los originales, así como a detectar series de mapas que posiblemente formaron parte de proyectos cartográficos sectoriales ejecutados por la misma mano.

67. Esta circunstancia, aunque no con la claridad que la lámina del sitio de Pavía nos muestra, se pone también de manifiesto en otros muchos ejemplos de la obra, sobre todo en las numerosas imágenes que se incorporan de los territorios italianos. Los textos que aparecen en sus cartelas están redactados en castellano, aunque con frecuencia se cuelan palabras italianas, denotando su autoría y origen italiano.

68. SÁNCHEZ RUBIO, TESTÓN NÚÑEZ y SÁNCHEZ RUBIO, eds., *Imágenes de un Imperio*, pp. 32-33.

El atlas de Lorenzo Possi tuvo una elaboración más planificada y dilatada en el tiempo. Aunque con los datos de que disponemos resulta imposible saber con absoluta certeza dónde y cuándo se inició este proyecto cartográfico que culminó en la ciudad de Livorno, creemos, como ya hemos adelantado, que su autor comenzó a concebirlo en España, porque así lo ponen de manifiesto algunos documentos que formaban parte de su archivo personal y el citado plano de Palamós que hoy custodia la fundación Mascort de Barcelona. En este caso, estamos ante una construcción individual, de un pausado acopio documental de materiales ejecutados por su autor, pero también por otros profesionales de la fortificación que trabajaron a su lado en idénticos escenarios y al mismo tiempo. Un fondo con el que Lorenzo Possi fue nutriendo su archivo personal, que se llevó consigo cuando retornó a Italia tras su paso por la Península y que, en gran medida, utilizó para abordar el proyecto de su atlas. La obra es deudora de planos y mapas que hoy se conservan al menos en ocho instituciones europeas: el Instituto Iberoamericano de Berlín, la Biblioteca Nacional de Austria, el Archivo Militar de Estocolmo, el Centro Geográfico del Ejército, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Archivo General de Simancas, el Archivo de la Corona de Aragón y el Gobierno de Extremadura.⁶⁹ Un material que surgió por las necesidades de información militar y que todos los ingenieros que trabajaron junto a Possi compartieron, en un contexto de falta de recursos y desatención por parte del poder central. Algunos planos llevan la firma de Lorenzo Possi, pero otros, aun sin tener su rúbrica, los conservó entre sus papeles, seguramente porque los consideraba también un poco suyos. Todos los planos relacionados con la actividad de este ingeniero militar cobran sentido si se analizan y se aborda su estudio de manera interconectada.

En su conjunto, este material nos muestra con bastante nitidez una forma de trabajar que en esencia se adelanta a lo que en el siglo XVIII

69. Existe información pormenorizada de este material en SÁNCHEZ RUBIO, SÁNCHEZ RUBIO y TESTÓN NÚÑEZ, *El Atlas Medici*, pp. 105-137.

será una realidad, una especie de comandancia de ingenieros que, a pesar de los problemas de financiación, muy evidentes en los años finales de la guerra con Portugal, consiguió obtener información puntual de las plazas sobre las que era preciso actuar. Durante esos años finales de la guerra, cuando todos coincidieron en esta frontera y el dinero escaseaba en ella, los ingenieros italianos que por entonces se encontraban en Extremadura consiguieron desarrollar un método de trabajo que, años después y en parecidas circunstancias de escasez de



FIGURA 3. Dedicatoria del Atlas Medici de Lorenzo Possi.

fondos, volverán a reproducir en Cataluña. Crearon una especie de caja común con planos de todas las plazas que tenían algún papel relevante en la defensa del territorio, con información básica y elemental, a partir de los cuales podían trazar sus proyectos o propuestas cuando de manera individual les tocaba intervenir, sin necesidad de trasladarse, con el consiguiente ahorro de tiempo y dinero. Un material que seguramente debía estar depositado en manos del ingeniero responsable,⁷⁰ pero que fue accesible a todos los profesionales que lo necesitaron, y de él partieron para realizar trabajos de mejora o para resolver nuevos ele-

70. En el caso de Extremadura, muy probablemente el superintendente general de fortificaciones de la frontera, cargo que ocupaba en aquel momento Ventura de Tarragona, o bien su teniente, Marco Alessandro del Borro.

mentos defensivos.⁷¹ Solo cuando las propuestas o los proyectos para fortificar una plaza fueron remitidos a Madrid, estos se convirtieron en documentos oficiales con la rúbrica del ingeniero que se hacía responsable de su ejecución. Se trata, en definitiva, de un material que fue alimentado por todos los que estaban implicados en las mismas tareas, pero a la vez hecho a la medida de cada uno de estos profesionales cuando tuvieron que hacerlo suyo para concretar trabajos, proyectos de mejora o de reconstrucción en las plazas donde intervenían. Gran parte de este material cartográfico, que el azar y las decisiones políticas han distribuido por varios países de Europa, guarda una estrecha vinculación con el atlas que Lorenzo Possi regaló en 1687 a Ferdinando de Medici.

Un material, por tanto, de procedencia también diversa, aunque más homogénea que en el caso del atlas del marqués de Heliche, y que adquiere del mismo modo un carácter unitario gracias al trabajo del ejecutor final de la obra. Fue la mano de Lorenzo Possi la que dio coherencia formal al conjunto: el color, la técnica empleada —delineado, dibujo y aguadas leves y en colores ocres, salvo para representar en algunos casos las aguas levemente en azul—, la letra y la forma homogénea de las cartelas y títulos, el encuadre de los dibujos, el idioma italia-

71. En febrero de 1667, el marqués de Caracena emitía un informe al Consejo de Guerra que nos parece enormemente clarificador sobre esta realidad que nos descubren los materiales cartográficos que hemos manejado: «le parece conveniente —decía— que se hiciese una visita general de todas las plazas y fronteras, y se sacase de cada una la planta del estado en que hoy se hallan para que vistas pueda tomar el Consejo resolución de las obras que precisamente sería menester hacer en ellas, porque la experiencia ha mostrado y reconocido el marqués en todas las partes donde ha servido y gobernado que mudándose los gobiernos de las plazas, cada gobernador quiere hacer alguna obra nueva en la forma que se le antoja y que para remediar esto, y asentar de una vez las obras y fortificaciones que se hubieren de hazer, sin que los Gobernadores tengan autoridad de ignorar, ni alterar cosa alguna, le parece que es preciso hacer la diligencia que dice, y que como sería menester mucho tiempo para que una persona sola haga esta visita, y saque las plantas, sería bien repartir la obra por Partidos». Colección Aparici, t. XL, 1-3-8, 4, R-11, 4.626, pp. 91-93.

no de los textos... Sin embargo, las distintas escalas consignadas en los planos delatan la procedencia dispar de los originales que sirvieron de modelo al autor.

7. *Las técnicas de representación*

Los dos atlas dibujados a partir de materiales de distinta procedencia, y también con técnicas cartográficas diferentes, ofrecen asimismo notables contrastes si consideramos las técnicas que ambos autores utilizaron. Leonardo Ferrari, un pintor a quien se le encarga recrear un material muy dispar, que le fue entregado para conformar una obra de apariencia uniforme. Lorenzo Possi, un ingeniero que dibujó la mayoría de las imágenes por «vista de ojos»,⁷² meditando cuidadosamente su contenido y ejecutándolo con una técnica propia del ingeniero que era, pero al mismo tiempo con la calidad estética de un dibujante experto, porque en la figura del italiano Possi confluyen ambas cualidades.⁷³ Por tanto, estamos ante dos atlas ejecutados por excelentes dibujantes, que dieron como resultado final unas obras de indiscutible calidad estética, muy hermosas a la vista, aunque sirviéndose de diferentes elementos y recursos para conseguirlo. El pintor Leonardo Ferrari con frecuencia embellece sus láminas a base de elementos superfluos, pero que aportan mucho ornato a las imágenes. Utiliza, sobre todo, figuras humanas, muy abundantes en su obra, que se integran en el paisaje contribuyen-

72. Expresión que suele aparecer en la documentación referida al trabajo de los ingenieros militares y que nos sitúa ante el realismo del dibujo de estos profesionales, que procede del conocimiento directo del territorio. Alicia CÁMARA, «Medir para el rasguño y dibujar para el atlas. Los ingenieros mayores de Felipe III», Catálogo de la exposición *España en el Mediterráneo. La construcción del espacio*. Comisario M. Aguiló, CEDEX-CEHOPU, Ministerio de Fomento, Madrid, 2005, pp. 68-78. Véase también, de la misma autora, «El dibujo en la ingeniería».

73. Según D. Buisseret la relación entre cartografía y arte se prolonga hasta el siglo XVII, produciéndose a partir de entonces un divorcio entre ambos mundos: *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800*, p. 68.

do a crear numerosas escenas cotidianas. También las embarcaciones desempeñan un papel fundamental en la ornamentación del atlas; no siempre se trata de naves de guerra, pues con relativa asiduidad Ferrari dibuja barcos de pesca en los que se ve faenar a su tripulación. No obstante, a pesar de esta apariencia de realidad que impregna las láminas de Ferrari, en ellas prima la recreación artística por encima de la dimensión real. El pintor no había visto ni vivido los espacios que dibujaba y por ello los recreó desde una dimensión artística, ubicándolos en un paisaje irreal, salido de su propia imaginación. Este aspecto es especialmente llamativo en el conjunto de plazas y torres defensivas del Pirineo aragonés, enclaves que fueron dibujados en medio de una geografía irreal e inexistente, que se asemeja más a una dehesa extremeña o salmantina, por ejemplo, que al abrupto paisaje del sistema montañoso donde esas fortificaciones se levantaban. Esta manera de trabajar originó en ocasiones descontextualizaciones evidentes, como cuando representa una ciudadela u otro elemento defensivo exento y aislado del entorno urbano en que se insertaba. En otros casos, el detallismo de los modelos que le proporcionaron para su reproducción hizo innecesario que el pintor recreara y completara con su imaginación un espacio ya definido, pero que Leonardo siempre buscaría embellecer y armonizar.

El atlas de Lorenzo Possi presenta una ejecución más meticulosa y fiable desde un punto de vista informativo en todos y cada uno de los elementos que forman parte de sus láminas. Y ello por el simple hecho de que el ingeniero militar trasladó a los dibujos su experiencia vivida al servicio del rey de España. Es decir, sus dibujos se sustentan desde la experiencia personal, porque, dada su forma de trabajar, sabemos que pocas veces se aventuró a recrear algo que no había conocido *in situ*. Sus recreaciones son, por tanto, espacios casi siempre vividos, espacios por los que transitó, combatió y trabajó como ingeniero. Por ello, toda la información que aporta en sus dibujos es real. Su paisaje es fidedigno, lleno de datos estratégicos y militares de gran veracidad, y también lo es en el ámbito geográfico, tanto en el plano físico, como humano y económico, porque esta información interesaba mucho militarmente.

El paisaje de Possi no es ornamental, sino funcional, no necesita un texto explicativo, como ocurre en otros proyectos cartográficos de la época, porque en su atlas esa información se inserta en los propios dibujos, que son fieles al paisaje. Ese carácter militar de sus hermosos dibujos puede explicar también por qué Possi no dibujó figuras humanas, salvo en la lámina de Castellfollit, donde quizá quiso inmortalizarse como autor de la obra.